



**LA PÁGINA
NÚMERO
TREINTA Y TRES**

J.L. Domínguez

Una fría mañana de febrero Betty se sorprende con la llamada de un desconocido que le cuenta la extraña muerte de su pareja, un banquero de la City londinense. Lo que parece un suicidio oculta una trama en la que ella, sin saberlo, está directamente involucrada.

La página número treinta y tres narra una historia que pudo cambiar el curso del siglo veinte a través de una galería de personajes y circunstancias que se entrelazan para develar el secreto mejor guardado. Un *thriller* contado desde el punto de vista de su protagonista, que combina suspense, pasado y presente, historia, viajes, relaciones personales y cotidianidad.

Para ellos tres

Capítulo 1.

Barcelona - Londres - Zúrich, 14 de febrero, 2014

Barcelona, 14 de febrero, 2014

Eran las 6.30 de la mañana, sonó el despertador, saqué el brazo del edredón y azoté el maldito aparato antes de que despertase a toda la familia.

Arrastré los pies hasta el interior de las babuchas para luego arrastrar mi cuerpo hasta la cocina. Saqué el pan del congelador y terminé arrastrándome hasta el baño. Casi no llego. Me bajé el pantalón y las braguitas y por fin conseguí dejar caer mi culo en el wáter y relajarme un rato.

Como una actividad más dentro de mi rutina puse en marcha la vieja radio inglesa que en su día me regaló mi tía Rosa, pero hoy sería diferente. Cuando giré la rueda de encendido hasta oír el clic de puesta en marcha, una voz nada familiar y un tanto silenciosa me sorprendió.

—¡Oye!

Y así empezó todo una fría mañana de un viernes 14 de febrero de 2014 en Barcelona.

No era Santiago, el periodista que cada mañana me pone la cabeza como un bombo, el que me cuenta las noticias, el que opina, el que critica, el que construye, el que destruye, el que dice sí a la par que no. No era él. Era una voz totalmente desconocida para mí, tanto que pensé que tal vez aún no me había levantado y que todo esto era un

sueño. Pero no, volví a escuchar con el mismo tono silencioso la misma palabra pero esta vez acompañada de mi nombre.

–Oye, Betty, ¿estás ahí?, ¿me escuchas?

No sabía si responder o salir corriendo del baño en busca de mi compañero de cama, pero no sé por qué opté por lo primero. Tal vez fuera por no encontrar una respuesta de incredulidad y reproche, o tal vez porque en el fondo me moría de ganas de saber quién estaba detrás de esa voz que escondía mi radio.

Muy tímidamente respondí.

–Sí, estoy aquí, ¿quién eres?

Lo hice en voz muy baja, con un cierto tono de miedo y creo que hasta me temblaba un poco la garganta. Escuché una especie de resoplido de tranquilidad y de sorpresa y acto seguido la radio volvió a hablar.

–Gracias, Betty. Por favor no apagues la radio y escúchame. Es muy importante.

Ese gracias me sonó a música celestial. Hacía tanto tiempo que no lo escuchaba, que nadie me lo decía, y menos aún a esta hora de la mañana. En mi rutina diaria soy la primera de la familia en levantarme, en silencio, muy en silencio, para que mis dos hijos y mi marido puedan seguir durmiendo plácidamente mientras yo, muerta de frío en invierno y muchas veces sudada en verano, adelanto tareas de la casa con sus ronquidos y respiraciones como música de fondo. Preparo sus desayunos, los bocadillos del colegio, plancho alguna camisa, vacío el lavaplatos, y a cambio qué me dicen: nada, nada de nada. ¿Acaso alteran sus gestos ofreciendo una mínima gratitud? Pues no, ni eso. En lugar de gracias muchas veces recibo un «mamá, si sabes que no me gusta el pavo en el bocadillo», «Betty, qué frío está este café». Pero la verdad, mejor eso que nada, porque la mayoría de las veces lo único que escucho es la puerta cerrarse acompañada de un rápido adiós.

—Aún no puedo decirte mi nombre, ni quién soy, ni cómo soy. Todo esto va a parecerse un disparate, pero te pido que confíes en mi, te necesito —dijo de nuevo el transistor.

Ufff, esto empezaba a ser demasiado. De mi vieja radio inglesa una voz silenciosa con acento extranjero me había llamado por mi nombre, me había dado las gracias y ahora me decía que me necesitaba. Creo que las últimas veces que alguien me dijo que me necesitaba fueron, cuando mi hija de doce años me pidió una tele para su cuarto: «mamá, necesito que me compres una tele ya, yo no puedo seguir viviendo en esta casa sin una cierta independencia»; y cuando mi jefe, un estúpido y advenedizo ricachón que montó una agencia inmobiliaria para consolar a sus padres ante su tremenda ineptitud profesional, me dijo: «necesito bajarte el sueldo para mantener a flote la agencia, pero sabes que te necesito». Menudo gilipollas mi jefe. Pero ese es otro cantar.

Y la radio continuó hablando.

—Betty, perdona, hace ya algunos días que te escucho a través de mi radio. Las primeras veces me extrañaba tanto como te debe extrañar ahora a ti, pero algo está ocurriendo, y puede que tú y yo corramos algún peligro.

Mientras lo escuchaba cogí mi vieja radio y empecé a darle vueltas. Era inglesa, preciosa, de color dorado y burdeos. Recuerdo el primer día que la vi en casa de mi tía Rosa. Yo debía tener no más de cinco años. Me pareció el objeto más bonito que jamás había visto. Brillaba, y mi tía la tenía al lado de un estuche aterciopelado negro que tenía grabado un sello que decía *By Appointment of HM the King*, que viene a ser algo así como *Por designación de Su Majestad el Rey*. Este sello lo llaman *Royal Warrant*. Me contaba mi tía que se lo concedía la Casa Real Británica a sus proveedores oficiales. Me encantaba cuando me contaba esas historias. Podía imaginarme siendo yo misma el Rey Jorge VI cuando hacía entrega del sello al fabricante

de radios en una ceremonia rodeada de la flor y nata inglesa.

Mi tía era la hermana soltera de mi abuela materna. Trabajó desde finales de los años 20 del siglo pasado para la diplomacia británica. Viajaba y pasaba largas temporadas en el extranjero y supongo que no lo debió hacer mal porque la nombraron Dama de la Orden del Imperio Británico. No muchas mujeres tienen tal honor, y menos aún no siendo inglesas. Yo tenía una relación muy estrecha con ella. Ya desde bien pequeña todos los miércoles al salir del colegio acudía a su casa a escuchar sus historias, a observar su radio dorada y burdeos, a tomar el té y a acariciar su insignia de Dama. Recuerdo el día que murió, hace 20 años. Mi madre me llamó al museo. Por entonces yo acababa de licenciarme y hacía prácticas de investigación en el Museo Etnológico. Mi madre estaba muy alterada pues mi tía Rosa no cogía el teléfono y el conserje de su edificio hacía dos días que no la veía. Yo era la única de la familia a la que mi tía dejaba tener una llave de su casa. Salí corriendo del museo, me subí a la bici y pedaleé sin descanso hasta su casa. Mi madre me esperaba abajo. Subimos al tercero, conseguí meter la llave en la cerradura a pesar del temblor de mis manos y abrí la puerta. Recuerdo gritar «Rosa» y no recibir respuesta, correr por el pasillo hasta su despacho, y allí estaba tumbada en el suelo mi tía. Estaba boca abajo. Le di la vuelta a su pequeño cuerpo y mi corazón se encogió. Estaba muerta.

Después de unos días y de muchas lágrimas me volvió a llamar mi madre. Todos sus sobrinos, los hijos de las hermanas de mi tía, se habían reunido en su casa para repartirse sus objetos y vaciar el piso.

—Betty, tienes que venir a casa de la tía Rosa. Hemos encontrado una pequeña caja cerrada con un sobre blanco encima que dice: «Para mi queridísima sobrina-nieta y amiga Betty».

Esperé al mediodía, hasta terminar mi jornada en el museo. Cogí mi bici y esta vez, más tranquila, pedaleé hasta casa de mi tía. Me planté delante de su puerta en el tercer piso y la angustia removi6 mi est6mago; volvería a entrar y Rosa ya no estaría.

Mi madre y mis tías me acompañaron al despacho. Sobre la mesa estaba la caja y la carta que habían encontrado en uno de los cajones. La caja estaba cerrada y la carta lacrada. Se quedaron mirándome para ver cómo la abría. Me molestó. Rosa y yo teníamos una relación muy estrecha y hasta el día de su muerte había sido la persona en la que más había confiado, la única con la que compartía todos mis secretos y pensamientos. Cogí la carta y la caja y me fui sin abrirlas, excusándome con una reunión en el museo, pero directamente me marché a mi casa.

Al llegar lo primero que hice es poner agua a hervir y servirme un té. Abrí la carta y lo único que contenía era una pequeña llave. Con la llave en la mano intenté abrir la caja y sí, era su llave. Levanté la tapa y unas lágrimas me volvieron a caer. Mi tía, mi amiga, me había dejado su radio dorada y burdeos, el estuche aterciopelado negro, la pequeña insignia de Dama del Imperio Británico, una pluma, una fotografía suya reciente, y un pequeño sobre de color *beige*. Dentro del sobre una breve nota: «Para Betty con amor, recuerda siempre nuestras charlas». Firmaba RR. TTC. Siempre supe que RR eran las iniciales de Rosa Ruiz. TTC no tenía ni idea, pero quise imaginar que tal vez hacía referencia a Tu Tía con Cariño.

El personaje de voz silenciosa y acento extranjero seguía hablándome.

—Betty, ¿podrías mirar tu radio y decirme si es una Palmer?

Miré la radio y en voz muy muy baja, pues mi marido debía estar a punto de levantarse, le respondí.

–Creo que sí. Hay un pequeño grabado en su frontal que pone Palmer, pero ¿por qué me preguntas esto?

–Déjame que te explique, Betty, pero primero debo estar seguro de una cosa, ¿qué modelo es tu Palmer?

Esta extraña conversación se estaba convirtiendo en una loca conversación. Una radio que habla sola, que me llama por mi nombre, que me dice que ha estado escuchándome desde no sé cuando. Al principio incluso llegué a pensar que todo esto podía ser una broma de mi hijo Enrique. Tiene 8 años y padece pantallitis aguda, ya no sé qué hacer para corregirlo, pero estoy tan cansada de pelear por la educación de mis hijos.

Pero ¿a santo de qué tantas preguntas sobre mi radio? Es bonita, sí, es un regalo de mi tía, es antigua también, pero no es tan buena radio, ni tampoco se escucha tan bien. Es un transistor elegante que funciona con unas pilas difíciles de encontrar. Pilas que ya casi no existen, de 22.5 voltios y que nunca he podido comprar en el super. Siempre ha sido un objeto de conflicto en mi vida. Primero, cuando la heredé, tardé semanas en encontrar una tienda donde pudiese comprar las malditas pilas. Y luego, cuando me casé. Llevo viviendo casi dos décadas con mi marido y no ha habido semana desde entonces que no nos hayamos peleado por la radio. Él siempre ha querido una radio nueva y yo siempre he querido poder observar y escuchar mi viejo aparato. Me trae recuerdos. Me imagino a mi tía Rosa escuchándola y me hace recordarla. Una vez hasta casi llegamos a separarnos por culpa de ella. Mi marido me dio un ultimátum: o ella o yo. Ganó ella, la Palmer, pero él no se fue. Es lo único que he ganado en mi matrimonio.

–Betty, ¿sigues ahí? –dijo la radio–, ¿qué modelo es?

No encontraba nada, en mi radio no ponía nada más que el grabado de la marca.

–No lo sé. No pone nada.

–¿Puedes mirar en la tapa de las pilas?

Levanté la tapa y, efectivamente, tras ella había una pequeña placa plateada con tres letras mayúsculas de color negro: TTC.

Mi corazón empezó a acelerarse. Veinte años después volvían a aparecer esas tres letras, el mismo color, el mismo tamaño y la misma tipografía.

Apagué la radio de inmediato sin contestar a su última pregunta y la dejé sobre la encimera del lavabo, lo más alejada de mí posible. Me levanté del *water* y me subí las braguitas y los pantalones. Abrí la puerta y me fui directa al dormitorio, me tumbé, rodeé con mis brazos la barriga de mi marido y cerré los ojos. Pero poco duró el momento.

–¿Qué haces, Betty?, ¿ya es la hora? –dijo mi marido.

Un nudo recorrió mi garganta. Darte cuenta de que después de tantos años él ya no es él, duele.

–Sí –le contesté–. Ya es la hora.

Mi marido, Harry, se levantó. Ni una palabra, ni una caricia, ni una mirada, era como siempre, como si yo ya no existiera para él. Salió por la puerta del dormitorio y lo único que escuché antes de cerrarse la puerta del baño fue:

–Betty, despierta a los niños, y acuérdate de ponerme sacarina en el café.

Harry y yo nos conocimos hace dieciocho años. Yo por entonces seguía haciendo prácticas de investigación en museos de historia, algo que, la verdad, no da para vivir, pero era soltera y libre, así que me lo podía permitir. Lo recuerdo bien, era un 26 de febrero, era lunes, llevaba ya tres semanas en Londres, me habían dado una beca de cuatro meses para trabajar sobre la piedra Rosetta y me encontraba justo en la planta menos tres del Museo Británico, en un cuartucho cuyo olor nunca olvidaré. Estudié Historia Antigua en Barcelona, me especialicé en Egiptolo-

gía y me doctoré con una tesis sobre el faraón Ptolomeo V, promotor de la famosa piedra, por lo tanto me encontraba en el lugar más maravilloso que nunca podía haber imaginado, un cuarto lleno de objetos del año 196 a. C. que desprendían un olor tan especial que podrían haberme encerrado allí de por vida y seguiría disfrutándolo. Entonces la puerta del cuartucho se abrió de repente, me giré y allí estaban el director de mi beca y un chico que no hacía más que girar la cabeza observando todos los objetos que se acumulaban en las cuatro paredes del cuarto. El director nos presentó.

–Betty, te presento a Harry. Es lingüista y le acabamos de conceder una beca para que colabore contigo en tu estudio.

Siguió hablando y contándome sobre mi nuevo compañero. Era británico, de padre inglés y de madre escocesa. Siempre he pensado que era de su familia materna de quien había sacado la estructura ósea de su cara. Una cara casi perfecta dentro de la imperfección, una cara que me gustó tanto desde el primer momento que la vi.

A Harry le pasaba como a mí, hacía lo que le gustaba porque en aquel tiempo también era libre, algo que se terminó cuando tuvimos nuestra primera hija. La historia y la lingüística dan para alimentar el alma y la mente, pero no para comprar potitos para bebés. Así que después de unos cuantos intentos en fundaciones, universidades, colegios e institutos no nos quedó más remedio que redirigir nuestras profesiones. Él empezó en el mundo comercial del seguro, y allí sigue. Siempre me dice que está encantado con lo que hace, pero yo sé que me miente. En el fondo le pasa lo mismo que a mí. Yo, después de probar algunos trabajillos, conseguí colocarme como ayudante, o chica para todo, en una agencia inmobiliaria. No es que sea para tirar cohetes, pero da para pagar algunos recibos.

Ese primer día en el cuartucho de la planta menos tres del museo me enamoré. El director se marchó y nos dejó solos. Él se presentó, me contó quién era y lo que llevaba haciendo hasta entonces. Yo le conté también sobre mi vida. Encontramos muchas coincidencias e intereses parecidos. Hablamos, nos reímos, seguimos hablando, seguimos riendo. Era pura magia, el maravilloso olor de todos los objetos que nos rodeaban y una persona que aceleraba mi ritmo cardíaco de una manera como nunca había sentido. El sexo que vino después, en el mismo cuartucho, fue genial, pero nada comparable como la primera vez que dejó caer sus largos dedos sobre los míos. Los entrelazó de tal forma que parecían la raíz más sólida que nunca pudiera haber existido. Su voz, su cara, sus manos, mi ritmo cardíaco, el olor del antiguo Egipto, cómo nos besamos, cómo hicimos el amor escondidos en aquel cuarto. Lo guardo tan dentro de mí que muchas veces es el remedio que me hace seguir dentro de este absurdo en que se ha convertido nuestra relación.

Harry es de Whitby, un pueblo portuario del condado de Yorkshire. Su padre era marchante de arte inglés y su madre artista. Se conocieron trabajando, tuvieron a Harry y a su hermana Emma y se terminaron divorciando cuando Harry tenía seis años. Su madre se marchó llevándose a Emma con ella y su padre se mudó a Londres dejando a Harry a cargo de su abuelo paterno, Ian, un hombre casi tan maravilloso como lo fue mi tía Rosa.

Cuando Harry y yo terminamos nuestra beca en el Museo Británico habíamos decidido que seguiríamos juntos, dejaríamos el cuartucho del museo atrás para buscar nuestro propio cuarto. Lo primero que hicimos fue irnos a Whitby, su pueblo, allí pasamos tres semanas en casa de su abuelo. Convivir con Ian era como adentrarse en la Enciclopedia Británica. Sabía de todo y le encantaba contar historias, durante el desayuno, a la hora del té, después de cenar. Harry me sorprendía, porque a pesar de cono-

cer todas las historias seguía escuchando a su abuelo con la boca abierta. Ian, que por cierto está a punto de cumplir los noventa y cuatro años y se encuentra en plena forma, de muy jovencito empezó a trabajar como operario en una fábrica de productos electrónicos de su comarca, pero allá a finales de la década de 1950, no sé bien por qué motivo, lo dejó, se compró una barca de pesca y se dedicó al negocio del bacalao. A leer y a pescar.

Durante aquellos días en Whitby, Harry y yo decidimos sobre nuestro futuro. ¿Dónde íbamos a montar nuestro propio cuarto? Yo quería quedarme en Inglaterra y como fantasía mudarnos a Egipto. Él tenía la ilusión de que nos fuésemos a España, le apetecía conocer mi país y la lengua no era un obstáculo para un lingüista. Ganó Harry, ya os decía al principio que yo solo gané una vez, conservando mi querida radio dorada y burdeos. La ciudad no fue difícil de decidir. Madrid y Barcelona en principio eran nuestros destinos, y mi familia estaba en la ciudad condal, así que regresé a casa.

Volviendo a la mañana fría del 14 de febrero, esa mañana en la que de mi vieja radio salió una voz silenciosa de acento extranjero y terminé no respondiendo a su última pregunta. Hice lo que me dijo Harry, lo que hacía todos los días. Desperté a Abril y a Enrique, hice los bocadillos de su almuerzo, preparé el café de mi marido, se lo llevé al baño y me contestó, como siempre, con la misma pregunta: «¿Está caliente, verdad?». Ni lo miré. Me desnudé y me metí en la ducha mientras Harry se lavaba los dientes y sacaba algún poro de la que seguía siendo su bonita nariz, a pesar de todo. Años atrás esta escena matutina era un puro chute de energía. Recuerdo que cada mañana cuando me metía en la ducha los ojos de él recorrían de arriba abajo cada milímetro de mi cuerpo y en ese vaivén me miraba a los ojos y sonreía, una sonrisa que mezclaba el amor y el deseo. Cuántas veces llegué tarde

al trabajo por culpa de aquellas miradas. Después de la ducha me vestí, hice las camas, recogí el desayuno de los niños y la taza de café de Harry, y mientras sacaba del congelador unas pechugas para la cena de la noche, escuché un «adiós, mamá» de Abril y Enrique y cómo la puerta principal se cerraba tras sus voces. Harry solía acompañar a los niños al colegio casi todos los días, pero desde hacía algunos meses ni tan siquiera se despedía de mí cuando se marchaba. Nuestra relación se estaba deteriorando a marchas forzadas. Habíamos pasado de ser y sentirlo todo juntos a dos organismos que ya prácticamente no se comunicaban. Alguna vez llegué a plantearme si podía estar con otra, pero no, Harry no, su educación, integridad y pasión por nuestros hijos se lo habrían impedido.

Quince minutos más tarde que mi familia salí de casa, cogí la bici y me fui al trabajo. Siempre ando en bici por Barcelona, siempre lo he hecho, me gusta pasear a mi ritmo observando la ciudad y además me mantengo en forma, que a mis cuarenta y tantos no es nada fácil. Aún recuerdo el último piropo de mi marido hace alrededor de dos años. Cuando lo pienso me doy cuenta de lo poco que necesito y lo mucho que lo he querido: «Betty, el mismo cariño que tienes por tu vieja radio es el que yo tengo por tu bici. Menudas piernas sigues teniendo. ¿Te acuerdas de nuestro cuarto en el museo?». Cuando terminó la frase cambió el gesto de su cara y se giró. Sé que me quiso como el que más, sé que me querría seguir amando, pero ha cambiado, y creo que hasta a él mismo le entristece ese cambio.

Llegué al trabajo, entré por la puerta con la bici porque la suelo guardar en el patio de atrás, y mi jefe, o mejor dicho el gilipollas de mi jefe, me dio los buenos días como cada mañana:

–Ya llega la *hippie* de Betty con su bici.

Más idiota no se puede ser. Ser historiadora y moverse en bici no es de *hippie*, tonto.

Intenté pasar la mañana como cualquier otra, actualizando la agenda de visitas, llamando a posibles compradores, llamando a posibles vendedores, haciendo algunos números, y hoy especialmente concentrándome para no pensar en la extraña conversación mantenida con la voz que salía de mi radio. Pero no pudo ser. Los años de meditación y autoanálisis no me sirvieron de nada. Intentaba trabajar, pero era recurrente, todo el rato venía a mi mente la radio. Necesitaba saber más, no podía quedarme así. Eran ya las doce y media del mediodía, desvié el teléfono de la agencia a mi móvil, salí, monté en la bici y pedaleé hasta casa. El ascensor no estaba listo en la planta baja así que subí corriendo por las escaleras para ir más rápido. Entré en casa, me dirigí a la cocina, donde dejo la radio cuando salgo del baño cada mañana, la alcancé, giré la rueda de encendido y solté lo que estaba guardándome toda la mañana.

—Soy Betty, ¿estás ahí?

Nadie respondió y seguí insistiendo.

—Betty, la de esta mañana. He vuelto. Perdona por haberte dejado sin respuesta antes.

Seguía sin haber respuesta, tuve la sensación de haberme perdido algo, como si hubiese empezado a leer un libro y no hubiese podido enterarme del final. Tras algunos ligeros resoplidos decidí apagar mi decepción con una cerveza, la única bebida alcohólica que bebo de vez en cuando. Abrí la nevera y saqué un botellín de una cerveza artesana que elaboran unos amigos de Harry. Es lo que tiene mi marido, sus hijos y sus amigos son lo más importante. Antes también lo era yo. Al abrir el botellín salió un geiser de espuma que me dejó perdida y grité:

—¡Mierda!

No pasaron ni dos segundos cuando de la radio volvió a salir la misma voz de la mañana.

—¿Eres Betty?, ¿eres tú?, ¿estás ahí?